

## DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Is 25, 6-10; Sal 22 1-6; Flp 4, 12-14. 19-20; Mt 22, 1-14

*«Tomando Jesús de nuevo la palabra les habló en parábolas, diciendo: "El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró el banquete de bodas de su hijo. Envío sus siervos a llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. Envío todavía otros siervos, con este encargo: Decid a los invitados: "Mirad, mi banquete está preparado, se han matado ya mis novillos y animales cebados, y todo está a punto; venid a la boda." Pero ellos, sin hacer caso, se fueron el uno a su campo, el otro a su negocio; y los demás agarraron a los siervos, los escarnecieron y los mataron. Se enojó el rey y, enviando sus tropas, dio muerte a aquellos homicidas y prendió fuego a su ciudad. Entonces dice a sus siervos: "La boda está preparada, pero los invitados no eran dignos. Id, pues, a los cruces de caminos y, a cuantos encontréis, invitadlos a la boda. Los siervos salieron a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas se llenó de comensales. Cuando entró el rey a ver a los comensales vio allí uno que no tenía traje de boda; le dice: „Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda? Él se quedó callado. Entonces el rey dijo a los sirvientes: Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos.”»*

Las lecturas de la semana anterior nos hablaban sobre la viña, y a través de ellas se nos ponía de manifiesto el plan de salvación que Dios tiene para cada uno de nosotros. El Papa Benedicto XVI nos dice al respecto: «...Dios tiene un proyecto para sus amigos, pero por desgracia la respuesta del hombre se orienta muy a menudo a la infidelidad, que se traduce en rechazo. El orgullo y el egoísmo impiden reconocer y acoger incluso el don más valioso de Dios: su Hijo unigénito. Cuando, de hecho, "les envió a su hijo –escribe el evangelista Mateo– ... [los labradores] agarrándole, le echaron fuera de la viña y le mataron" (Mt 21,37.39). Dios se pone en nuestras manos, acepta hacerse misterio insondable de debilidad y manifiesta su omnipotencia en la fidelidad a un designio de amor, que al final prevé también la justa punición para los malvados. (cf. Mt 21,41)...» (Benedicto XVI, Ángelus, 2 de octubre de 2011).

Haciendo una comparación entre los términos que marcan las lecturas del presente domingo con las de la semana anterior, nos damos cuenta de que hay una relación necesaria: Vino y banquete son dos expresiones muy importantes. De la viña se recogen las uvas para el vino, y el vino es para la fiesta. El banquete es la celebración, la demostración de júbilo de los invitados y concurrentes a la fiesta. Por consiguiente, las lecturas de esta semana nos invitan a este encuentro jubiloso y a esta participación en la fiesta a la cual el Señor nos convoca.

Cuando el evangelista San Mateo habla del "rey" se está refiriendo al mismo Dios. La expresión "hijo del rey" está haciendo directa alusión al Mesías. Cuando habla de los siervos se refiere a los profetas y a los apóstoles. Los invitados que no prestan atención a la invitación están representando a los judíos y, en particular, la casta religiosa judía. Los que son llamados de los caminos son todos los pecadores y publicanos. El incendio en la ciudad hace referencia a la ruina de Jerusalén; mientras que el traje de boda está haciendo presente al juicio final. Todos estos elementos que menciona el evangelista encierran un lenguaje simbólico que cohesiona en un texto dos parábolas: La gran cena y el vestido de bodas. Ambas en un momento nos puedan dar la impresión de ser la antítesis de lo que es la acogida de amor y el rechazo de este mismo amor por causa del egoísmo del corazón del hombre.

La primera parábola "la invitación a la gran cena", hace alusión directa a la actitud de rechazo de los primeros invitados a la boda y particularmente su indiferencia, la que es la actitud constante que Cristo experimentó entre sus primeros oyentes. Tal es así que, incluso, dejó de hacer milagros en su pueblo natal por la falta de fe de los pobladores, por la actitud de incredulidad hacia la persona de Cristo.

La parábola pone de relieve el contraste entre el rechazo de los primeros invitados y la invitación a la multitud de los pobres, y a partir de esta imagen se nos presenta el mejor símbolo del reino de Dios: el banquete de bodas, en el que se unen dos significados: la comida, que es abundante, exquisita y gratuita; y el amor humano, dos que se funden en uno. Dios es el rey que prepara el banquete de bodas o festín en el que Jesús es el Esposo. Es la imagen de la utopía escatológica.

Por otro lado, este evangelio ofrece una visión universal del cristianismo, porque la invitación es para todos, gratuita y generosamente. Como en muchas circunstancias, las personas pobres, las menos favorecidas por la sociedad, es decir los pobres de espíritu, son las más convincentes moralmente. Sin dinero propio, son orgullos falsos, están dispuestos a compartir fraternalmente lo que son y lo que tienen. El vestido, según San Mateo, es la justicia de Dios, porque dentro de la Iglesia, «...aunque son muchos los llamados (bautizados), son pocos los elegidos...», es decir, los que acogen la justicia del reino.

San Gregorio Magno, en una de sus homilías nos dice: «... ¿Qué tipo de personas son aquellas que vienen sin el traje nupcial? ¿En qué consiste este traje y como se consigue? Su respuesta dice así: Los que han sido llamados y vienen, en cierto modo tienen fe. Es la fe la que les abre la puerta. Pero les falta el traje nupcial del amor. Quien vive la fe sin amor no está preparado para la boda y es arrojado fuera.

La comunión eucarística exige la fe, pero la fe requiere el amor, de lo contrario también como fe está muerta...» (San Gregorio Magno, Homilía XXXVIII, 8-13).

Así, pues, el banquete está preparado, aquéllos que participan de este banquete son los que han lavado sus vestidos en la Sangre del Cordero (Ap. 13-15). El hecho de tener el traje de fiesta no significa solamente ponerse algo encima, antes bien, expresa la vida nueva como fruto del nuevo nacimiento en Cristo; pues Cristo hace de cada creyente el templo donde debe morar Él, el Padre y el Espíritu Santo. Como dice Ap 19,8: "... el vestido de lino son las obras justas de los santos..." y San Pablo dirá en una de sus cartas: "...no soy yo, es Cristo quien vive en mí, y mientras vivo en este cuerpo mortal, vivo de la fe del que me amó hasta entregar su vida por mí...". Esto indica que el Señor ni por el rechazo ni por la dureza del pueblo de la primera Alianza, se retracta de cumplir presurosamente las promesas hechas a los hombres.

Es preciso que nosotros sepamos acoger con todo el corazón y con plena disponibilidad la invitación que se nos hace a una comunión con el Señor, a configurarnos con Él por la Palabra de Dios y la predicación de la Iglesia; en la certeza de que el Señor sólo quiere nuestra salvación. Tal como concluye la parábola con la alegoría del traje nupcial, estamos llamados a presentarnos al Señor llevando el traje de fiesta; que consiste en la vida auténtica que debe acompañar nuestra fe como nos dice el mismo Jesús: «...Si vuestra justicia (esto es, vuestra vida real) no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos...». Pero si esto se realiza, entonces la fiesta es plena e intensa.

Concluyendo citamos las palabras del Beato Juan Pablo II: «... la parábola contiene de modo explícito la indicación acerca del Esposo, Cristo, que lleva a cumplimiento la Alianza nueva del Padre con la humanidad. Ésta es una alianza de amor, y el reino mismo de Dios se presenta como una comunión (comunidad de amor), que el Hijo realiza por voluntad del Padre. El « banquete» es la expresión de esta comunión. En el marco de la economía de la salvación descrita por el Evangelio, es fácil descubrir en este banquete nupcial una referencia a la Eucaristía: el sacramento de la Alianza nueva y eterna, el sacramento de las bodas de Cristo con la humanidad en la Iglesia...» (Juan Pablo II, El significado del Reino de Dios en las parábolas evangélicas, 18 de septiembre de 1991). Así hermanos, la vida cristiana es una forma de vivir en el mundo, una manera de Ser en el mundo.

**Pbro. Oscar Balcázar Balcázar**